

## **LA MEMORIA ENQUISTADA: UN ACERCAMIENTO AL TRAUMA TRANSGENERACIONAL**

Cecilia Rodríguez <sup>1</sup>

Adriana Espinoza <sup>2</sup>

La transición de dictaduras militares a regímenes democráticos en el cono sur de América ha llevado consigo el resurgir de la memoria como un constructo que permite conceptualizar y enmarcar los horrores vividos y las lecciones que deben ser aprendidas del pasado.

El caso chileno ofrece un ejemplo de las enormes contradicciones que surgen al tratar de establecer un proceso de reconciliación y reparación basado en la ausencia de justicia real, es decir, fuertemente marcado por la impunidad. El primer Presidente democrático, Patricio Aylwin, anunció que el manejo de la justicia se haría “en la medida de lo posible”, decretando así lo que sería la política oficial de los gobiernos de la Concertación, que aún rigen en Chile. Todos han evadido sistemáticamente la responsabilidad de impulsar los procesos de justicia, arriesgando a la sociedad chilena al fracaso en la elaboración y prevención de las situaciones de violación a los derechos humanos, transformándose, en cambio, en un mandato de impunidad, retraumatización y transgeneracionalidad del daño.

### **Transgeneracionalidad**

En Chile, las investigaciones llevadas a cabo con víctimas de persecución política, indican que el proceso social incide en la construcción y reconstrucción transgeneracional de las dinámicas intrafamiliares del proceso traumático. Los hijos de familias afectadas han sido y siguen siendo confrontados con una serie de mandatos, expectativas y legados que impactan directamente en la realización o no de sus proyectos de vida.

Al respecto, Tisseron (1997) plantea que el funcionamiento psíquico individual no sólo se relaciona con los conflictos propios de la especie y las experiencias particulares de cada uno, sino que también tienen ingerencia las vivencias comunes y los accidentes singulares que marcaron la vida de los padres, abuelos, colaterales y amigos. Por lo que comprender el trauma, tanto en la primera como en las generaciones siguientes, alcanza su esencia cuando aprehendemos la totalidad de sus relaciones históricas.

En este sentido es que rescatamos lo planteado por Barudy (1979) acerca de los patrones conductuales como pautas relacionales, que no son efecto de la causalidad, sino que una

---

<sup>1</sup> Psicóloga, investigadora, miembro del equipo CINTRAS.

<sup>2</sup> Investigadora social, docente Academia de Humanismo Cristiano.

producción humana contextual, biopsicosocial e interdependiente, en una red de interacciones recíprocas que se afectan constantemente.

En este contexto, compartimos la definición de transgeneracionalidad que hacen Bastías, Mery, Rodríguez y Soto, como *«la tendencia a repetir rígidamente pautas relacionales, que se desarrollarían con posterioridad al hecho represivo entre las víctimas y aquellas personas con las cuales poseen un vínculo, ya sea por consanguinidad o por lazos afectivos, quienes repetirían dichas pautas. Esto se refleja en la modalidad de sus relaciones interpersonales, perpetuando así la funcionalidad del sistema individual, familiar y social.»* (2001: 59)

Esta investigación aporta una mirada sistémica en el proceso de entendimiento de cómo estos patrones trascienden la esfera individual, socializándose colectivamente. La presencia actual de daño se percibe en la permanencia de sentimientos de injusticia, rabia e impotencia. La radicalización se observa como una de las consecuencias más influyentes en la calidad de vida actual de estas personas, existiendo diferentes niveles de obstaculización de sus proyectos personales. Como principal variable que incide en la cronificación del daño aparece el nivel de información manejada sobre el hecho represivo.

## **Memoria**

A nivel conceptual, la noción de “memoria” se ha ido desarrollando a partir del aporte de diversas disciplinas de las ciencias sociales. El sociólogo francés Maurice Halbwachs (1992), señala que la memoria colectiva se constituye a través de la integración de memorias individuales, las que están siempre enmarcadas socialmente, por lo que estos marcos son portadores de la representación general de la sociedad o de un grupo social, de sus necesidades y valores.

Por otro lado, la memoria social se puede entender como una construcción socio histórica que incorpora a la vez una estructura de sentimientos, es decir, las memorias sociales son producidas como un grupo de simbolizaciones a partir de textos, imágenes, canciones, monumentos, rituales y las consiguientes emociones asociadas (Simon, Rosenberg & Eppert, 2000), impulsando el desarrollo de movimientos y la construcción de nuevas representaciones sociales que permiten la re-significación y elaboración de los traumas pasados (Méndez, 2005).

Jean-Louis Dèotte (1998) plantea la existencia de dos tipos de olvido: el olvido pasivo y el olvido activo. Ambos cumplen funciones diversas dependiendo de cómo son interpretados y utilizados tanto individual como colectivamente. El olvido pasivo se caracteriza por la implantación de estrategias de evitamiento, de negación y de imposición del silencio opresivo y negador. Por otro lado, el olvido activo es complementario a la memoria, y es aquel proceso que opera después que se ha producido un registro del acontecimiento traumático, es decir, cuando ha habido un reconocimiento público de los abusos vividos. De tal forma que sólo a través de un proceso de

elaboración colectiva de estas vivencias traumáticas es posible aceptar, simbolizar e integrar lo acaecido a partir del trabajo del recuerdo y de la memoria.

Tzvetan Todorov (2000) propone un análisis de los usos de la memoria a partir de dos conceptos: memoria literal y memoria ejemplar. La memoria literal nos permite mantener el evento traumático en su sentido textual. Esta visión estática nos permite establecer causas y efectos; explicar las consecuencias de ese evento en el individuo como en el grupo social y descubrir, por ejemplo, a los perpetradores, llevarlos a juicio, etc. Nos permite también establecer cierta continuidad entre el ser que fue y quien es en el presente, como también el pasado y presente de un pueblo o comunidad.

La memoria ejemplar, por otro lado, es potencialmente liberadora, ya que nos permite utilizar el pasado con vistas al presente, cuando logramos procesar las lecciones vivenciadas, asumidas en un presente y proyectadas al futuro. Esto no necesariamente implica negar ni olvidar lo traumático del evento, ya que se puede inscribir como una manifestación de una categoría más general, como un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes. Este proceso también implica un trabajo de duelo que neutralice el dolor causado por el recuerdo, controlándolo y marginándolo, lo que permite que el recuerdo se abra a la analogía, a la generalización para poder extraer una lección que nos permita separarnos del “yo” y así lograr entender al “otro.”

Concebimos la memoria como un constructo cognitivo, afectivo y social que nos permite establecer y elaborar quiénes somos y cómo nos desarrollamos como individuos a través del tiempo. Por lo tanto, la memoria está estrechamente vinculada a cómo conformamos nuestra identidad. Al mismo tiempo, se enmarca en un contexto social que es el que alimenta y nutre las memorias individuales a través de las memorias colectivas, entendiéndose estas memorias individuales como una suerte de descendencia o producto de las experiencias grupales, es decir, un reflejo y parte de lo social, por lo que nuestra memoria es transmitida inter y transgeneracionalmente.

### **Memoria Enquistada**

Proponemos el concepto de memoria enquistada sobre la base de los análisis de Tisseron (1997), quien manifiesta que cuando los eventos traumáticos sobrepasan la capacidad del psiquismo del individuo para elaborarlos, el impacto de estos acontecimientos queda instalado como un cuerpo extraño, silenciando de esta forma aquellas vivencias que no son procesadas.

La memoria enquistada se refiere a esta memoria literal y pasiva que se ha anclado en nuestro ser, que creamos a partir de la experiencia individual de eventos traumáticos y que se sustenta en las relaciones dialécticas en las que co-existimos. Por lo tanto, los efectos sociales de los traumas extremos se van incorporando lentamente, asimilándose de a poco, llegando a encarnarse en el cuerpo individual como un nudo interno que a su vez se transmite en forma de recuerdos y

narrativas a otros, a través de mecanismos de repetición y mantención de patrones sociales y culturales derivados de los efectos del trauma psicosocial, los que son transferidos a las nuevas generaciones y a su entorno social, conformando nuestra identidad e intersubjetividad de manera rígida en el tiempo.

Desde una perspectiva social, la memoria enquistada nos ayuda a entender el accionar político del grupo HIJOS, constituido por hijos(as), sobrinos(as), nietos(as) de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Este grupo se forma a partir de la necesidad de tener un lugar de pertenencia y contención emocional en el que pudieran explorar sus propias temáticas con relación a la desaparición y muerte de sus familiares. El proceso de generación de prácticas políticas que ha experimentado este grupo fue investigado en un estudio narrativo que explora el significado de la construcción de prácticas de memoria y resistencia, sus efectos sanadores, así como las consecuencias transgeneracionales del trauma en este grupo de jóvenes (Espinoza, 2006).

Los resultados de estas investigaciones (Bastias, Mery, Rodríguez y Soto, 2001; Espinoza, 2006) arrojan que entre los efectos de la transgeneracionalidad se encuentra la falta de información con respecto al contexto en que se produce la desaparición o muerte y la consiguiente falta de elaboración del duelo. El desconocimiento de las historias personales de sus familiares unido al silencio familiar y social son elementos fundamentales que actúan en el proceso de construcción de una memoria política y pública de sus seres queridos. Esta falta de información puede también ser entendida como huecos en la memoria que impiden la elaboración de los procesos traumáticos, favoreciendo el enraizamiento de las pocas vivencias y recuerdos que tienen de sus cercanos.

La rigidez de esta memoria enquistada determina no sólo los patrones afectivos y conductuales, sino también las elecciones, decisiones y la manera en que cada uno se posesiona de su entorno. De la misma forma, estos elementos están subordinados a los acontecimientos nacionales y a sus efectos retraumatizantes, derivados del hecho de que existe una suerte de bloqueo y negación por parte de la sociedad frente a los episodios traumáticos. El colectivo se manifiesta en un actuar enajenado que unido a una desconfianza generalizada obstruye la capacidad empática, condiciona la vinculación y validación afectiva, limitando el establecimiento y la participación en redes de apoyo que permitan ir generando códigos adecuados a su experiencia e integrarlos a una simbología compartida socialmente.

## **Discusión**

Uno de los discursos más comunes que se repite en torno al uso de la memoria es la necesidad de conocer la verdad para que “nunca más” se vuelvan a repetir las atrocidades del pasado. Esta función de la memoria supone que el olvido colectivo llevaría irremediablemente a la repetición compulsiva de aquellos actos que no son debidamente vigilados por la memoria.

A nivel individual podemos vislumbrar el uso de este olvido como una estrategia para intentar aplacar los múltiples efectos traumáticos de la violencia política, lo que se manifiesta en una negación de la realidad, una evitación de estímulos, una autocensura y un deseo de situarse en el presente con miras al futuro, pero evitando todo contacto con un pasado doloroso, lo cual dificulta el rescatar aspectos presentes y futuros quedando estancada la manera de accionar, pensar, sentir, obstaculizando sus proyectos personales, inhibidos por la sensación de tener que cumplir con legados y lealtades familiares y colectivas.

En las estrategias utilizadas en la población estudiada por Bastías, Mery, Rodríguez y Soto, cabe destacar que con respecto a la mantención de la memoria socio histórica y de lo acaecido con la víctima, existe un continuo, que va desde un fuerte énfasis en mantener los recuerdos, pasando por el no forzar ni el acceso ni la retirada de éstos, hasta el tratar de no abordarlos. Se aprecia que tanto las personas que utilizan estrategias centradas en la mantención como aquellas que optan por la negación de la memoria socio histórica y el recuerdo de lo sucedido, tienden a abordar de manera poco flexible las dificultades cotidianas.

Es posible que esto se relacione con la actitud por parte de las personas de estar centradas principalmente en elementos del pasado, lo que podría fundamentarse en una actitud familiar y de su medio ambiente, concordante con esta mantención, como también con la necesidad de reivindicar la memoria, imposibilitando la elaboración de lo vivenciado. Lo anterior incide en la persistencia de sentimientos de rabia, impotencia e injusticia, lo cual se agudiza y mantiene debido a las expectativas creadas -que no se han resuelto como ellos esperan- con respecto a las ofertas y soluciones a nivel político, social y judicial, con relación al tema de las violaciones a los derechos humanos, ya que en un primer momento creían que el fin de la dictadura traería consecuencias reparatorias.

En el nivel colectivo se puede inferir que en Chile existe la imposición de un olvido pasivo desarrollado dentro de los marcos de la transición, estableciendo un patrón institucional de cómo va a ser asumida nuestra memoria, lo que impide la elaboración de los hechos traumáticos a nivel social. Junto a la impunidad constituye un elemento facilitador de la retraumatización, vector y componente fundamental de la transgeneracionalidad.

Es así que este proceso dialéctico se nutre y profundiza en el psiquismo como en el imaginario social y es expulsado a través de las verbalizaciones y recuerdos, las cuales van ratificando una determinada imagen, que impide otros tipos de elaboración. El dolor que implicaría la elaboración es cada vez más temible, ya que al tratar de integrar otros aspectos tan parcializados, ocultos y privatizados, se abre un proceso de duelo, que conlleva una redefinición y reorganización difícil de realizar y por ende de asumir.

Lo mencionado se manifiesta en el funcionamiento de la sociedad, en donde se implanta la dicotomía vista desde la idealización versus la deshumanización, lo cual facilitaría la justificación de actitudes y conductas, permitiendo de esta manera no responsabilizarse de las situaciones. Es el

Estado a través de sus instituciones, maquinaria y decisiones administrativas, técnicas, políticas y judiciales el que omite, niega, silencia y encapsula el dolor: “lo que no se ve, no existe”, implementando una memoria literal que permite mantener el evento traumático enclavado en el tiempo e inalterable al paso de éste.

Lo peligroso de este tipo de memoria es que su uso desemboca en el sometimiento del presente al pasado. Un ejemplo de ello fue la situación vivida a raíz de la conmemoración de los 30 años del golpe de Estado, la que se caracterizó por el continuo bombardeo de imágenes a través de los canales de televisión. Lo preocupante de esta sobre exposición fue la completa falta de elaboración emocional que permitiera al ciudadano comenzar un proceso de integración de este pasado traumático. Fue así como para algunos se produjo la saturación y el consecuente desinterés en el tema y, para otros, la re-traumatización producto de la imposibilidad de elaborar sus experiencias. En ambos casos el pasado se apoderaba del presente.

Consistente con lo anterior, los niveles de información manejados, tanto en calidad como en cantidad, respecto de lo sucedido a las víctimas, resultan ser de gran importancia para las evaluaciones que realizan acerca del daño que se produjo en ellos y sus familiares. En el estudio de Espinoza (2006) se observa la existencia de un proceso de fragmentación de las memorias personales y sociales, la que está dada por la falta de objetos y recuerdos acerca de sus familiares, impidiendo la posibilidad de conocerlos, ya que los cuidadores no tocaban los temas con el fin principal de protegerlos del dolor o porque no se encontraban en condiciones de abordar lo vivenciado. Es así como el socializar la información es aprendido como un elemento también amenazante ya que coexiste con el miedo a perder la seguridad en planos afectivos, sociales y económicos.

En ambos estudios mencionados se ha observado una tendencia a la dicotomización en las apreciaciones, lo que los lleva a no relacionarse con aquellas personas que evalúan como no pertenecientes a su ideología y por ende a sus valores, limitando el poder redefinir de forma más acabada lo sucedido. Los niveles de radicalización eran esperables, ya que los espacios en que tuvieron que desarrollarse se vieron restringidos por el contexto sociopolítico que la dictadura implantó. Al estar insertas en un contexto radicalizado, era esperable que las personas entrevistadas se ubicaran en uno de los extremos, lo que ha conllevado el no contactarse con un otro distinto y validarlo como tal, limitando así las posibilidades de desarrollo. Dado el contexto sociopolítico, las familias generaron pautas relaciones que, como se dijo anteriormente, se rigidizaron incidiendo en la privatización del daño, teniendo que vivir de alguna manera sin poder expresar lo que sentían inclusive en el ámbito familiar; esto se vio acentuado por la ausencia de reconocimiento social de sus vivencias y por los refuerzos sistematizados por parte del Estado.

## Sugerencias

Para que se establezcan los cambios en el individuo y en el conjunto de la sociedad, es prioritario gestar, reforzar y utilizar las redes de apoyo tanto de carácter informal como formal, ya que el sentido de pertenencia a grupos sociales activos ayuda a establecer vínculos íntimos y satisfactorios, lo cual permite redefinir los acontecimientos, aprender nuevas estrategias, elaborar e integrar la totalidad de los acontecimientos logrando flexibilizar las verbalizaciones y las interacciones, haciendo posible de este modo dejar fluir los recuerdos y los sentimientos, lo que les permitiría resolver sus conflictos y desenvolverse de una manera funcional. A través de la comunidad se puede transformar la estructura social para resolver los problemas planteados, creando espacios en donde se permita rescatar aquellos símbolos que forman parte de la memoria social e histórica, logrando transformar el acto de recordar en un elemento sanador o generador de nuevos significados, al fortalecer las competencias de la persona, rompiendo la estigmatización y privatización del daño.

Es importante recordar que el proceso de reparación social en los contextos donde se ha producido una traumatización desde el Estado requiere necesariamente la voluntad política para que se establezca la verdad y la justicia, ya que son condiciones indispensables tanto para las elaboraciones traumáticas como para la prevención de las retraumatizaciones. Más aún, requiere que el Estado sea el facilitador de un uso activo del olvido -en el concepto de Déotte-, es decir, que promueva las instancias públicas que permitan la inscripción de los eventos traumáticos en el colectivo para su elaboración social, de tal forma que pueda haber una transición desde la memoria literal a la memoria ejemplar, permitiendo la elaboración de los sentimientos de rabia, injusticia e impotencia tanto en las víctimas, como en las personas cercanas y todas aquellas personas que se sienten afectadas.

## Referencias bibliográficas

- Barudy, Jorge. 1998. El dolor invisible de la infancia. Buenos Aires: Paidós.*
- Bastías, Alejandra; Mery, Carolina; Rodríguez, Cecilia; Soto, Patricia. 2001. Expresión de la transgeneracionalidad del daño en una muestra de personas afectadas por el terrorismo de estado en Chile. Tesis de grado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Central, Santiago.*
- Déotte, Jean-Louis. 1998. Catástrofe y olvido. Las ruinas, Europa, el museo. Santiago: Editorial Cuarto Propio.*
- Espinoza, Adriana. 2006. El cuerpo político como resistencia y sanación. Ponencia presentada en el IV Congreso Mundial de Estrés Traumático, Buenos Aires.*
- Halbwachs, Maurice. 1992. On collective memory. Chicago: University of Chicago Press.*

*Méndez, Paola. 2005. Entre el silenciamiento y la memoria. En: Reflexión N° 31:15-19, Santiago.*

*Simon, Roger; Rosemberg, Sharon; Eppert, Claudia. 2000. Between hope and despair. Pedagogy and the remembrance of historical trauma. Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield Publishers.*

*Tisseron, Serge. 1997. El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Buenos Aires: Amorrortu Editores.*

*Todorov, Tzvetan. 2000. Los abusos de la memoria. Barcelona: Paidós Ibérica.*

Revista Reflexión N° 33. Ediciones CINTRAS, Santiago de Chile, marzo de 2007